



La Santa Sede

MENSAJE DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI AL PRESIDENTE DE COREA LEE MYUNG-BAK CON OCASIÓN DEL G20 REUNIDO EN SEÚL

*Al excelentísimo señor Lee Myung-bak
Presidente de la República de Corea*

Señor presidente:

El inminente encuentro en Seúl de los jefes de Estado y de Gobierno de las veintidós principales economías mundiales junto con el secretario general de la Organización de las Naciones Unidas, la presidencia de la Unión Europea y algunas organizaciones regionales, así como con los responsables de varias agencias especializadas, no sólo tiene un alcance global, sino que también es un signo claro de la relevancia y la responsabilidad que Asia ha adquirido en el concierto internacional a comienzos del siglo XXI. La presidencia coreana de la cumbre es un reconocimiento del significativo nivel de desarrollo económico que ha alcanzado su país, que es el primero, entre los que no pertenecen al G8, que acoge el G20 y guía sus decisiones en el mundo después de la crisis. La cumbre trata de encontrar soluciones a cuestiones bastante complejas, de las que depende el futuro de las próximas generaciones y que, por tanto, requieren la cooperación de toda la comunidad internacional, basada en el reconocimiento —común y concorde de todos los pueblos— del valor primario y central de la dignidad humana, que es el objetivo último de esas mismas decisiones.

La Iglesia católica, de acuerdo con su naturaleza específica, comparte el interés y las preocupaciones de los líderes que tomarán parte en la cumbre de Seúl. Por lo tanto, aliento a que se afronten los numerosos y serios problemas que se plantean —y a los que en cierto sentido se enfrenta toda persona humana hoy— teniendo presentes las razones profundas de la crisis económica y financiera y considerando adecuadamente las consecuencias de las medidas adoptadas para superar la crisis, buscando soluciones duraderas, sostenibles y justas. Al actuar así, confío en que sean profundamente conscientes de que las soluciones adoptadas, como tales, sólo funcionarán si, en definitiva, se proponen alcanzar el mismo objetivo: el desarrollo auténtico e integral del hombre.

El mundo los mira con atención y espera que se adopten soluciones apropiadas para salir de la crisis, con acuerdos comunes que no favorezcan a algunos países a costa de otros. La historia nos recuerda, asimismo, que aunque sea difícil conciliar las diferentes identidades socioculturales, económicas y políticas coexistentes hoy, dichas soluciones, para ser eficaces, deben aplicarse actuando sinérgicamente y, sobre todo, respetando la naturaleza del hombre. Para el futuro mismo de la humanidad es decisivo demostrar al mundo y a la historia que hoy, también gracias a esta crisis, el hombre ha madurado hasta el punto de reconocer que las civilizaciones y las culturas, al igual que los sistemas económicos, sociales y políticos, pueden y deben converger en una visión compartida de la dignidad humana, que respete las leyes y las exigencias que Dios creador le ha dado. El G20 responderá a las expectativas puestas en él y representará un verdadero éxito para las generaciones futuras si, tomando en consideración los distintos problemas, a veces contrastantes, que afligen a los pueblos de la tierra, delinea las características del bien común universal y demuestra la voluntad de cooperar para alcanzarlo.

Con estos sentimientos invoco la bendición de Dios sobre todos los participantes en la cumbre de Seúl y aprovecho la ocasión para renovarle, señor presidente, la seguridad de mi atenta y distinguida consideración.

Vaticano, 8 de noviembre de 2010

BENEDICTO XVI